

## DISCURSO DEL PRESIDENTE DE MEXICO, MIGUEL DE LA MADRID HURTADO, DURANTE LA RECEPCION OFRECIDA EN SU HONOR POR EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA DE GUATEMALA

Excelentísimo señor presidente de la República de Guatemala;  
distinguida señora  
Raquel Blandón de Cerezo;  
señoras y señores:

Es una profunda satisfacción encontrarme en esta tierra fraterna. Guatemala resume, en la generosidad de la recepción y en la calidez de sus palabras, el más alto sentido de la hospitalidad, virtud tradicional de esta nación amiga. Acepte usted, señor presidente, mi reconocimiento por abrirnos las puertas de esta casa y por la amabilidad y cortesía con que el pueblo guatemalteco nos ha expresado su amistad y su simpatía.

Tales muestras de sincero afecto provienen de muy antiguas raíces. Son fruto de la historia, de la vecindad y de nuestra cultura. Representan, por ello, un compromiso ineludible con algunas verdades básicas de ambas naciones. La frontera se diluye en la vida cotidiana de estos pueblos de maíz, de tejedores y campesinos que habitan las serranías, los bosques y las riberas de ambos lados de una línea divisoria que debe ser factor de cooperación.

Guatemala nos evoca la fuerza de la tradición. Aquí, el pasado tiene un sentido esencial y dinámico. Las prodigiosas ciudades mayas o las antiquísimas catedrales no son muestrario inerte de viejas grandezas, sino una continua enseñanza de genio y fortaleza que podemos orientar hacia el presente. Revelan la vitalidad de un mosaico de sociedades en permanente comunicación y son fundamento de sus identidades, de su visión del mundo y, sin duda alguna, de las peculiaridades con que viven su tiempo y su modernidad.

Nuestra vecindad constituye un fenómeno de vastas repercusiones en ambos países. Confundidos en su sangre y en sus aspiraciones, los dos pueblos han visto enriquecer las corrientes de su fértil comunicación con las aportaciones de artistas, dirigentes, pensadores o personajes cuyos nombres se asocian a las más altas empresas y a las más fecundas obras de nuestra vida nacional. En la historia de Guatemala y de México discurren valores y sentimientos que han aproximado a ambas naciones, desde el arte popular hasta la cultura política y desde la organización económica hasta la costumbre, los mitos y el cambio social.

Este escenario es el marco idóneo para reanudar el diálogo que iniciamos tiempo atrás y que se enriqueció hace nueve meses, en ocasión de su memorable visita a México. Como entonces, hoy ratificamos la convicción de que es preciso proyectar las relaciones hacia una era de colaboración y entendimientos políticos que nos permitan anticipar problemas con una visión de largo alcance. México observa con respeto y simpatía el proceso de fortalecimiento de la democracia que el pueblo de Guatemala realiza ahora bajo el digno y firme liderazgo del presidente Cerezo.

La cooperación es una necesidad de los tiempos actuales. Confrontamos las graves consecuencias de una crisis que se suma a los problemas estructurales de nuestro desenvolvimiento. En otra época, marcada por el signo de la estabilidad y la expansión de la economía internacional, parecía factible resolver en el mediano plazo muchas de las cuestiones que afectan nuestra naturaleza de naciones en vías de desarrollo. Esta perspectiva daba a nuestros pueblos y gobiernos la confianza de que sus esfuerzos rendirían los frutos anhelados. Sin embargo, pocas veces se nos había presentado, en forma tan cruda como ahora, la turbulencia y los desequilibrios en el sistema comercial y financiero mundial.

El destino de numerosos países es un reto continuo para la inteligencia, la imaginación y la voluntad de sus habitantes. La racionalidad para salir de los grandes problemas internacionales no debe confundirse con un pragmatismo egoísta que rechace los esfuerzos solidarios y la cooperación. Es imperativo superar los problemas de la deuda externa, del estancamiento y de la recesión.

Ajenos a todo ánimo de confrontaciones estériles y peligrosas, nuestros países han demostrado una excepcional prudencia en el diálogo y la negociación con las naciones industrializadas y con los acreedores. Hemos dado a nuestras demandas bases inobjetables de responsabilidad compartida para encontrar soluciones apropiadas. No hemos tratado de evadir la nuestra. No obstante, seguimos sobrellevando la parte más difícil de la crisis mundial. Lejos de preservar las bases mínimas de un futuro promisorio, esta situación favorece la dependencia económica de los países de menores recursos y pone en peligro su capacidad de proporcionar a sus sociedades un futuro de bienestar, con base en un desarrollo sostenido y justo.

No podemos permanecer indiferentes ante tales hechos. Es necesario que todos los Estados reconozcan sus compromisos con la resolución justa y equitativa de cuestiones que competen al conjunto de la sociedad mundial. Debemos emprender acciones concretas e inmediatas para contrarrestar las tendencias adversas de una estructura de poder y de relaciones que sólo a unos cuantos beneficia en el corto plazo, pero que también los arriesga en el futuro.

A la crisis se suman dificultades persistentes que ensombrecen el panorama internacional. Se trata de la confrontación ideológica, el armamentismo, la política de fuerza y la amenaza nuclear. A lo largo de 40 años, estos fenómenos han comprometido la paz, y obstaculizado el desarrollo, minando los esfuerzos tenaces de la comunidad de naciones y la propia función y mandato original de los organismos multilaterales.

América Latina no ha sido inmune a tan ominosos signos. Por el contrario, en muchos casos es víctima de un buen número de contradicciones que se producen en el sistema internacional. Su propia estabilidad como una región de Estados independientes y soberanos sufre ante el embate de fenómenos ajenos a su control. Los obstáculos que deben superar abarcan casi todos los ámbitos de su actividad. Por ello, la unidad militante y la conjugación de intereses en torno a un proyecto común conforman el fundamento mismo de la seguridad regional.

Este tema es de tal importancia que quisiera, señor presidente, formular algunas reflexiones surgidas del intercambio de opiniones con ilustres colegas nuestros en América Latina y, desde luego, suscitadas por la visita que hoy realizo a este generoso país.

A lo largo de muchos años hemos expresado nuestro compromiso y nuestra confianza en la unidad de América Latina. Buscábamos entonces un instrumento de unidad que guiara la integración conforme a un criterio de estructuras productivas y políticas comunes.

En la actualidad, aquel proyecto, que tiene su origen remoto en el pensamiento bolivariano, encuentra su validez y justificación en los mismos problemas que amenazan la seguridad regional y en las necesidades no resueltas de nuestros pueblos. Dudarlo sería desandar un camino histórico de grandes lecciones e ignorar las demandas del presente.

Pero la vigencia de ese compromiso no implica persistir en prácticas rebasadas. Vivimos una época de cambios materiales y conceptuales que nos obliga a revisar con objetividad responsable nuestros pasos.

Así como hace casi 20 años la adecuada interpretación de las condiciones llevó a la creación de la ALALC y, en su momento, a la constitución del SELA, ahora debemos fortalecer esas instituciones pero, además, promover las iniciativas que recojan aquella experiencia y que reconozcan, de manera adicional, las realidades y las circunstancias del cambio de siglo.

La integración de América Latina no se agota en sus aspectos meramente económicos. Nosotros la entende-

mos como un instrumento político idóneo para generar un diálogo continental en el que participen, sin excepción, los interlocutores involucrados en la solución de nuestros problemas. Desde esta óptica, el esfuerzo unificador rechaza el traslado mecánico de concepciones y de instituciones políticas, trasciende los marcos actuales de los organismos hemisféricos y convoca a la participación pluralista de nuestra comunidad americana.

Entendemos que para ello se requiere de ejercicios imaginativos. Practicamos ahora una nueva diplomacia de la integración, capaz de conjugar la experiencia acumulada con los elementos propios de los tiempos actuales. Se trata de estimular acciones diplomáticas impulsadas por los jefes de Estado y de gobierno, depositarios del mandato de sus pueblos e intérpretes políticos de sus necesidades y de sus intereses. En este contexto, señor presidente, puedo decir que aquí, en este encuentro, estamos favoreciendo la integración, alentando con nuestra presencia y con la suma de nuestra voluntad política la unión de América Latina.

Señoras y señores:

Para mí, como presidente de México, esta primera visita a América Central es también un acto de compromiso con los pueblos de la región. Ningún latinoamericano puede sustraerse despreocupadamente a los dramáticos acontecimientos, que se viven desde hace años en estas naciones hermanas. No podemos ser insensibles a las guerras fratricidas y a la secuela de muerte y miseria que éstas generan. Los gobiernos del istmo colocados en la peligrosa pendiente de una confrontación bélica, deben revigorizar su voluntad de negociación y promover la lógica de la paz para evitar un enfrentamiento estéril, que no sólo es un ultraje a la razón sino que vulnera nuestra historia y arriesga nuestro futuro.

El conflicto centroamericano tensa las fibras emotivas y políticas de los pueblos de nuestro hemisferio. Pone a prueba su capacidad de concertación para encontrar respuestas originales a sus problemas. Ejemplo de ello lo constituyen dos importantes iniciativas vinculadas con Guatemala. La primera es, señor presidente, su propuesta de establecer un Parlamento centroamericano. En ella apreciamos dos importantes contribuciones: favorecer la consolidación de los procesos democráticos de la región, al abrir nuevos espacios para el ejercicio del pluralismo, y fortalecer un ámbito propicio para el análisis y la discusión de las grandes cuestiones centroamericanas. Esto último coadyuvará, sin duda, a alcanzar uno de los propósitos básicos del Grupo de Contadora: promover una comunicación efectiva entre los Estados del área.

La segunda iniciativa intenta restablecer la negociación directa. Se trata de la reunión presidencial en Esquipulas, que permitirá el examinar las distintas propuestas de las cinco naciones con miras a formalizar un plan global de paz.

Por su importancia y éxito potencial, la proximidad de estos esfuerzos políticos no debe obstruirse o desvirtuarse con ejercicios paralelos de fuerza militar. Debemos señalar que tales actos no contribuyen a fomentar el espíritu de negociación, expresado claramente en el propósito de los presidentes centroamericanos de encontrarse en Esquipulas y reanudar su diálogo.

Es urgente que las expectativas de pacificación sean apoyadas, con mayor decisión, por la comunidad internacional, y sobre todo, por los Estados con vínculos e intereses en la zona. La seguridad regional, el fortalecimiento de las instituciones políticas y el desarrollo pacífico del área se frustran ante la injerencia externa y la militarización de las sociedades. En cambio, en el respeto a los principios de la convivencia y los derechos elementales de los pueblos a su libre determinación, a la no intervención y a la solución pacífica de las controversias, habrá de renacer un sistema centroamericano de cooperación.

Sabemos, señor presidente, que el principio de neutralidad que orienta a su gobierno es expresión irreductible de la vocación pacifista y democrática de su pueblo. Tenemos la convicción de que Guatemala seguirá contribuyendo, en forma destacada, para recuperar los cauces de paz y progreso que anhelan los pueblos de América Central.

Señor presidente:

En nuestra entrevista anterior pudimos alcanzar relevantes acuerdos de colaboración en diversas materias de la mayor importancia para el desarrollo. Lo mismo en las actividades primarias como la pesca, la ganadería o la agricultura que en el fomento de una mejor colaboración en las áreas del progreso económico y social, la determinación de los gobiernos de Guatemala y México estoy cierto que obedece al deseo de amistad y trabajo conjunto de ambos pueblos.

Quedan aún diversos renglones en espera de nuevos y prometedores intercambios. Debemos traducir estas potencialidades en actos concretos que apoyen y complementen nuestros esfuerzos de desarrollo. Sabemos que no es fácil. Nuestros países han padecido insuficiencias estructurales que comprometen sus posibilidades de complementación industrial y comercial. Con seguridad, los trabajos de la Comisión Binacional que acaba de concluir nos ofrecerán nuevas avenidas a un gran proyecto de colaboración.

Nos proponemos la modernización industrial y el desarrollo de procesos tecnológicos consecuentes con nuestras necesidades y recursos. En este terreno debemos identificar y analizar requerimientos comunes con base en los cuales sea posible emprender más amplios y consistentes programas de cooperación científica y tecnológica. Estos propósitos habrán de añadirse a un esfuerzo realista para atender las apremiantes necesidades de los refugiados. Esta cuestión encarna, más allá de su inmediatez, el compromiso que nuestras naciones adquirieron, desde la independencia, con la defensa de la dignidad y libertad del hombre americano.

Guatemala y México comparten indisolublemente geografía, cultura, tradición y proyectos de complementación. Entre nosotros se extienden ancestrales raíces que no se desvanecen con el tiempo. Son una parte del tejido que une a nuestras repúblicas latinoamericanas y son además, por su carácter entrañable, las más próximas a nuestros afectos.

Hago votos, señor presidente, por que nuestra presencia en esta patria guatemalteca, así como el diálogo sincero y respetuoso que hemos establecido, contribuyan a robustecer y perpetuar nuestros vínculos de amistad fraterna y solidaria.

Guatemala, Guatemala, 8 de abril de 1987.